



Solsticio

Texto: **Laura López Altares**

Ilustración: **Ana Fernández (@Lusaneartisan)**

Jerez de la Frontera, 2026

“¿Y si es demasiado tarde?” Ese 50% de posibilidades de que lo fuera (en su cabeza se disparaban hasta el 99%) se había instalado tan dentro de sus pulmones que le escocía respirar. Ginebra estaba acostumbrada a sentir la asfixiante presión en el pecho provocada por el asma, a que le dolieran partes del cuerpo cuya existencia se cuestionaría cualquiera que no hubiera dedicado 11 años de su vida al ballet; pero jamás había experimentado un temor tan feroz: “Cómo diablos no va a ser tarde, idiota. *Siete años*”.

En los ocho minutos que separan La Plaza -como se conoce al Mercado Central de Abastos- de las

monumentales bodegas donde prácticamente vivía -frente a la impresionante Catedral de Jerez- se dio cuenta de que la cata de amontillados había dejado entre sus labios recuerdos salinos, a caramelo tostado y frutos secos, y sonrió al pensar que el miedo no sabía tan amargo como le habían contado. Aunque tampoco le hubiese importado... a Ginebra le encantan los sabores amargos.

Jerez de la Frontera, 1899

Salvia, manzanilla, tomillo, menta, laurel, valeriana, hinojo... el hipnótico remolino de hierbas frescas que habitaba el pequeño puesto de Carmen podía olerse desde la entrada de La Plaza. Siempre

estaba lleno. Hombres y mujeres hacían cola para conseguir uno de sus populares ramilletes y, con un poco de suerte, también una de sus fórmulas secretas para curar dolencias, tormentos y maldiciones. El día más largo del año se acercaba, con su breve noche de llamas saladas y anhelos silentes. El primer solsticio de verano sin Vicente, que había muerto en la guerra hispano-estadounidense el fatídico verano del 98. Una batalla naval en el Caribe se había llevado su corazón salvaje, su pelo negro y rizado y su tierna vehemencia. Y también la risa centelleante de Carmen, que sin su *bandido* solo veía sombras.

El don de las mujeres Del Castillo arrastraba una antigua maldición: todas ellas conocerían a alguien importante durante el Solsticio (“lo sabréis por su olor a cardamomo, cedro, vetiver y bergamota; porque la bocanada de electricidad ocupará durante segundos el espacio del oxígeno en vuestros pulmones y quizás perdáis el equilibrio”); pero todas estaban condenadas a perderlo. Tenía 13 años cuando la abuela María se lo contó: podría conseguir prácticamente cualquier cosa solo con desearla; excepto el amor (cómo odiaba Carmen esa palabra), que se escurriría inexorable entre sus dedos.

Carmen no necesitó de la clarividencia que le proporcionaba la salvia (le encantaban los sabores amargos) para saber que Vicente no volvería de aquel mar de piratas, que no se reconocería jamás en los ojos vibrantes de su hija Soledad. La punzada de lo inevitable ya la había avisado, instalándose justo detrás de su esternón como un agujijón oscuro.

Madrid, 2019

Ginebra se había puesto sus pantalones de cuero, su abrigo militar y un *body* plateado con lentejuelas. Su amiga Alicia -que era su refugio antiaéreo y su *Wonderwall*- la había convencido para que abandonara el negro por una noche (“es solo una noche, G”), pero no consiguió que se quitara esas botas de motera que tanto odiaba. Mientras se ondulaba el pelo, Ginebra Martínez del Castillo sintió una punzada profunda en el pecho, y tuvo que coger aire. Su abuela nunca la había avisado de que así sonaba el grito de lo inevitable cabalgando bajo la piel.

Tampoco era consciente de que su vida era un desastre milimétricamente perfecto (tal y como les había ocurrido a todas las mujeres Del Castillo): tenía un trabajo que le apasionaba -aunque el sueño de hacer su propio vino le arañaba las noches-, estaba casada con su James Bond de ojos verdes y

valor insensato -ese que amaba sus demonios sin intentar domarlos- y su familia y amigos apoyaban cada paso huracanado que daba -por muy disparatado que pareciera-.

Pero entonces llegó la noche más larga del año. Y aquella vida se transformó en el incendio perfecto. El primer olor que recuerda de ese 21 de diciembre es el de un atrevido *coupage* donde la Tinto Fino, la Cabernet Sauvignon, la Malbec y la Merlot se embarcaron en una danza compleja, especiada y seductora. También recuerda el de los pimientos que cortó con una camiseta de Héctor sobre el *body* de lentejuelas. Dios, y cómo olía a cardamomo, cedro, vetiver y bergamota (con algo de lavanda). Ginebra habría reconocido aquellas notas sensuales desde la habitación de al lado, y aunque desconocía lo que implicaban, había sabido desde el principio que aquel hombre encantadoramente torpe y brillante se le había metido justo detrás del esternón.

Y ni las copas de Larios 12 con tónica que vinieron tras el vino pudieron arrancarlo de allí. Nada pudo hacerlo desde entonces. Cuando Héctor se acercó para bailar con ella *Calma*, la bocanada de electricidad ocupó durante segundos el espacio del oxígeno en sus pulmones y Ginebra perdió el equilibrio. Alicia y Alejandro -el atractivo canalla que había desbaratado la casi infranqueable cordura de su mejor amiga- contemplaban perplejos la escena, una suerte de explosivo tango a lo Brad Pitt y Angelina Jolie en *Sr. y Sra. Smith*. “Los finales felices son historias sin acabar”, decía una visionaria Angelina. O sin empezar.

A las 5.19 del día 22, justo cuando el Sol se detuvo en el punto de la eclíptica más al sur respecto al ecuador, Héctor le dijo a Ginebra por teléfono -respondiendo así al reto que le había lanzado ella de subir por una vez del 11% de sinceridad-: “Esta noche hemos hecho el amor con el cerebro, ¿te vale eso?”. Y Ginebra, mientras hiperventilaba al otro lado -la Electricidad, la puta Electricidad-, sospechaba (con la certera intuición que había heredado de su madre) que Héctor, cuando se alejara del alcohol y de su influjo, haría lo que tenía que hacer. Se distanciaría porque el deber -Ginebra era una mujer casada- estaba por encima del amor. “El deber por amor”, le gustaba decir a Héctor, correcto hasta la desesperación. La idea se le clavó en el estómago, emponzoñada con el veneno de la inevitabilidad.

Jerez de la Frontera, 1911

Hechiceras. Magas. Brujas. Demasiadas mujeres fueron perseguidas hasta el fuego durante siglos,

acusadas de servir al Diablo solo porque se habían atrevido a dinamitar lo establecido. “Yo sí que habría maldecido de verdad a todos esos desgraciados”, pensaba Carmen mientras miraba entrar el sol de invierno a través de las preciosas vidrieras de La Plaza. Ella no solo era indómita y (muy) persuasiva; Carmen Requena del Castillo era realmente una bruja. Jamás había utilizado su poder para vengarse o herir a nadie; pero cuando el olor de las cenizas olvidadas de sus antepasadas se le incrustaba en la garganta, sus ojos negros se envolvían en llamas.

A pesar de su carácter volcánico, Carmen había encandilado a toda La Plaza con su risa centelleante. Y quienes venían a verla desde otros pueblos en busca de su magia ancestral conocían su única regla: nada de hechizos de amor. “Porque el amor tiene que llegar a ti indomable y libre como una tempestad, Sole”.

Madrid, 2020

El segundo día de la Cuarentena, Ginebra se pinta los labios de rojo mientras piensa en esa cena en la que debería estar ahora mismo -no llegaría hasta 80 días después- y maldice su suerte. Al otro lado de la pantalla, su amigo Nacho la hace reír a carcajadas: “¿Sabes que nos han mandado una pandemia mundial para que no la lées con Héctor, verdad?”. Él fue quien le curó los rasguños de cardamomo, cedro, vetiver y bergamota el día después del Solsticio. Porque Ginebra tenía razón, claro, Héctor era de los buenos. Su estoicismo, casi germánico, tomó el control de esa bomba química que amenazaba con reventar sus principios y su mundo de orden, disparando a Ginebra justo detrás del esternón.

Pero la inevitabilidad (que es terriblemente preciosa) tenía sus propios planes. Y el silencio de Héctor, que a Ginebra se le antojaba como el peor de los infiernos, se llenó de conversaciones interminables, risas encendidas y ganas veladas mientras el mundo se desmoronaba. Y, cuando por fin pasó lo más duro de aquella pandemia, también de miradas incendiarias y tratos imposibles. Porque Ginebra seguía aferrada a su desastre milimétricamente perfecto -aunque ya no existiera- y Héctor buscaba sin tregua amores anodinos y fáciles, de esos que no duelen “pero que tampoco hacen temblar”, como diría la escritora Ana G. Labrac.

Jerez de la Frontera, 1940

Carmen Requena del Castillo no necesitó aquella infusión de salvia (aunque le encantaban los sabo-

res amargos) para saber que esa sería su última noche en el reino de los mortales. La punzada de lo inevitable ya la había avisado, instalándose justo detrás de su esternón como un aguijón helado.

Pero mientras aquel penetrante aroma adormecía el dardo, Carmen vio a una mujer con los ojos en llamas y vestida con un abrigo militar. “La ola blanca”, susurró en esa frontera nebulosa entre sueño y realidad, “ella puede romper la maldición”. Y su risa centelleante resonó por última vez. Vicente estaba cerca.

Jerez de la Frontera, 2026

Ginebra. “Ola blanca” en gaélico. Dura e indómita como la mar. Llevaba 41 años practicando la autodestrucción como forma de resistencia vital, pero ese diciembre pondría fin a aquella exquisita tortura.

La Plaza no parecía el mismo lugar esa mañana. Ginebra Martínez del Castillo podría haberse orientado en ese bellissimo mercado con los ojos vendados (sin duda había heredado el prodigioso olfato de su madre), pero los tenía bien abiertos. La armonía de Navidad que estaba organizando en la bodega era la más importante de su vida. Necesitaba jamón ibérico de bellota, puerros, alcachofas, cebolletas, ternera de San José del Valle, chicharrones, gambas de Isla Cristina, pijotas y chocos frescos de la Bahía.

El sabor de aquella tierra de luz rojiza y vientos salados se mezclaría con el de los vinos generosos de la bodega, con esa complejidad voluptuosa y su magnetismo atávico. Habría amontillados, olorosos, algún palo cortado, un *pale cream...* y un fino en rama que tenía mucho de pócima: *su fino*.

Los finos en rama son más oscuros, puros e intensos que sus versiones filtradas (“la máxima expresión de la crianza biológica: inmediata, fresca y viva”, le habían explicado). La primera vez que probó uno -no sabía si habían pasado seis años o seis vidas-, el enólogo que se convertiría en su gran maestro le dijo: “Es como un beso de sal robado”. Y Ginebra decidió que perseguiría ese sabor hasta que llevara su nombre.

Y lo encontró en las tierras albarizas donde crecía la Palomino, salpicadas por la brisa marina; en las golosas levaduras que forman el blanco y delicado velo de flor mientras devoran azúcar, alcohol y todo lo que encuentran hasta dar forma al más seco de los generosos; en la húmeda penumbra de la bo-

dega, entre las botas de roble americano donde se cría el fino -esas en las que la flor está más activa-

De aquella explosiva conjunción nació un vino opulento y muy expresivo, con cierta turbidez y un carácter salvaje: las punzantes levaduras revoloteando en la nariz, los exuberantes aromas de panadería, la frescura herbácea, la juguetona sal impregnándolo todo y un delicioso recuerdo a almendras. Cinco años de trabajo. *“Calma, mi vida, con calma”*. Ginebra Martínez del Castillo había aprendido a esperar.

Al pasar por la frutería de Juana, distinguió el aroma inconfundible de la salvia; la salvia de las infusiones de su tatarabuela Carmen (a la que tanto se

parecía). Y sus ojos se envolvieron en llamas. Después de todo, quizás el miedo sí sabía amargo. El silencio de Héctor durante tantos años, también. Y los malditos murciélagos que aleteaban cada noche detrás de su esternón y que no había podido acallar ni con los mejores vinos de Cádiz (gritaban más fuerte, los condenados). “¿Y si es demasiado tarde?”. Pero a pesar de tener el pecho infectado de miedo, Ginebra no pudo evitar sonreír, enseñando sus afilados colmillos: imaginaba las manos de Héctor abriendo la botella prohibida de *Solsticio* con dedos temblorosos, pero urgentes. “Te jodes”, pensó Ginebra, “ahora te toca mover a ti”. Y la punzada de lo inevitable se instaló justo detrás de su esternón como un aguijón de salitre, cardamomo, cedro, vetiver y bergamota. ■